

E. MIRET MAGDA LENA

No es corriente en estos tiempos organizar en España un ciclo de conferencias teológicas de altura, y más con las cabezas máximas de la teología cristiana de hoy. Nuestro mundo español —por superficialidad, o por desvío consciente— se aparta cada vez más de este campo religioso oficial.

Dos católicos —Karl Rahner y J. B. Metz—, y un protestante —J. Moltmann— han expuesto resumidamente su último pensamiento acerca de los temas básicos del cristianismo actual en el Instituto Alemán.

Rahner es un hombre mayor —setenta y dos años—, que está en pleno vigor mental. De baja estatura, mirada miope y un poco rechoncho, es la estampa de un sedentario acostumbrado a situarse cómodamente entre sus libros. De palabra monótona y sin matices de voz, se aviva cuando deja las cartillas y hace un comentario espontáneo, lleno de buen humor y de picante crítica.

Su tema fueron las estructuras de la Iglesia. Asunto objeto de sus últimas reflexiones, publicadas en parte en un libro recientemente traducido al castellano con ese mismo nombre.

Confesó delante de todo el mundo que él estaba ya anticuado por su edad, y lo hizo bonachonamente y sin resentimiento alguno. Nos dijo que la teología actual había superado muchas veces sus personales esquemas, y que él se encontraba en ocasiones en "off-side". Pero se libró muy bien de insistir en ningún tipo de crítica de los aspectos más nuevos y discutibles de esta teología moderna, que dice se le escapa. Al contrario, pidió comprensión para las nuevas corrientes juveniles, y criticó el afán de clasificar como heterodoxo cualquier punto de vista religioso renovado, por el simple hecho de que nos choque o de que no lo entendamos. Es preciso llegar no sólo a una tolerante convivencia, sino a una super-comprensión de otros enfoques que no entran en los estrechos límites de lo que hemos aprendido habitualmente.

Sacó a relucir el debatido tema de la infalibilidad del Papa, y pidió respeto para la radical y discutida interpretación del teólogo Küng. El veterano teólogo germano nos contó que había escrito, poco antes de salir el libro de Küng, un artículo sobre este asunto, poniendo muchos "peros" y matices a la interpretación usual rígida de esta prerrogativa definida por el Vaticano I, sin por eso abandonarla casi por completo como hace Küng.

Al publicarse el libro de Küng, diciendo que no puede ser infalible una simple frase recortada, salida de la boca del Sumo Pontífice, y por solemne que sea su expresión, él dijo que no podía estar del todo conforme con esta radical postura; pero, al menos, reconoce Rahner que la filosofía del lenguaje nos acerca hoy a la postura inconformista de Küng, y un católico podría interpretar la infalibilidad con otros conceptos que, aunque no se comprendan por otros teólogos, no por eso debe ponerse el marchamo de he-

réticos. Ni él, ni ningún teólogo alemán contradictor de Küng, quieren una condenación de su postura.

Hay que acostumbrarse a aceptar que la teología sea plural. Que no pretenda abarcar la realidad de un solo plumazo, o de un único punto de vista, porque el hombre será siempre limitado en su conocimiento. Eso es lo que le dijo Rahner al Papa Pablo VI cuando le visitó hace poco, y el Sumo Pontífice le manifestó su preocupación por lo que llamaba "anarquía teológica". Rahner, con buenas maneras, le tranquilizó diciéndole que no era una anarquía lo que ocurría en la Iglesia, sino que estábamos asistiendo al comienzo de una nueva fase, la del pluralismo en la Iglesia y en la teología, cosa siempre buena y positiva.

Metz y Moltmann son mucho más jóvenes que Rahner. Se les ve en plena forma de pensamiento. El primero enlazó con su maestro Rahner, dando un paso más allá. Nos había dicho Rahner que era necesario llegar a un pluralismo y participación democrática en la Iglesia, de tal modo que la sociedad civil

LA TEOLOGIA, ¿EN REVOLUCION?

—tan llena de problemas ante las fórmulas democráticas existentes— pudiese decir, al ver la estructura de la Iglesia: "Mirad cómo conviven en libertad, y con el mínimo de coacciones".

Pero a Metz esto le parece insuficiente. Su panorama sobre la Iglesia que tenemos delante de nuestros ojos, es de un realismo duro, que se parece mucho a lo que yo he afirmado desde estas páginas de TRIUNFO. Para él "la identificación de Iglesia y pueblo no aumenta, sino que disminuye". ¿Por qué? "Porque la Iglesia quiere ser Iglesia para el pueblo, pero no es Iglesia del pueblo".

En el catolicismo, el pueblo debía ser el sujeto activo de la Iglesia, y, por tanto, de la teología: "La teología necesita urgentemente alimentarse de la experiencia religiosa de la gente sencilla". Excelente punto de vista, que vengo sosteniendo desde hace años, y del cual doy una muestra modesta e imperfecta, pero que intenta ser valiente en mi libro "Catolicismo para mañana". En lo que no estaría de acuerdo con Metz es en su deseo de no destruir los símbolos populares: yo creo que la experiencia profunda del creyente manifiesta una contradicción vital clara entre el símbolo superficial que usa el pueblo y el anhelo hondo que puede des-

cubrir él en el fondo de su conciencia. Y es preciso decidirse por el uno o por el otro. Y, en esta elección, creo que no debe haber ninguna duda: hay que decidirse por la experiencia humano-religiosa profunda y dinámica de los hombres. Incluso habría que conseguir incorporar a este análisis reflexivo la experiencia profunda les hombres que no se consideran creyentes, porque en el fondo —y bajo conceptos distintos— yo creo que late en unos y otros hombres la misma experiencia. Siempre será verdad lo que dijo Tillich, "el que sale de profundidades, sabe de Dios", lo exprese como lo exprese.

El broche final lo dio Moltmann, que con verbo sereno y no exento de contenida emoción intelectual y humana, nos esbozó sus principales reflexiones religiosas, enraizadas en la inquietud concreta de los hombres de hoy, que es el afán de libertad.

Nos habló de la difícil libertad que es nuestro deseo último, y que debe ser entendida como una liberación total, y no como un don recibido de una vez por todas, y que no requiriese nada más que cultivarlo cuidadosamente como una planta. El problema, que ya vislumbró el filósofo Fichte, es mucho más grave.

La fe cristiana, que nos enlaza con un personaje concreto, Cristo, es una poderosa y definitiva ayuda para la libertad. Porque la libertad que anhelamos no es sólo conciencia de la necesidad, ni ejercicio íntimo de la propia autonomía interna, sino que es más: es abrir el abanico de unas posibilidades humanas sin horizonte.

Pero las iglesias actuales se encuentran mediatizadas por sus propias palabras, costumbres, ideas preconcebidas, ritos y normas exteriores, y en vez de liberar a los hombres, lo que suelen hacer es frenarlos y coartarlos. Por eso, el cristianismo auténtico tiene que romper el estrecho cerco estructural, rutinario y dominador, que frena "la pasión de lo posible", que es la libertad que aporta el cristianismo.

Esta difícil libertad, que está en manos de todos los hombres que creen (y yo pienso que no sólo en los que creen religiosamente), debe ser perspicaz para no caer en un falso optimismo, recordando que lo malo daña a los hombres, pero que las condiciones favorables al bien, no nos hacen automáticamente mejores a los hombres, sino que sólo posibilitan nuestro mejoramiento. El mundo está en nuestras manos, pero necesita un tenaz y duro esfuerzo, lleno de constancia, que nos haga superar los impedimentos que hacen fracasar este anhelo profundo de libertad liberadora.

Presentó a los conferenciantes Alfonso Alvarez Bolado, por el Instituto Fe y Secularidad. Expuso el primer tema, que sirvió para entrar en materia, y que se aproximó a la difícil altura de estos colosos de la teología cristiana actual, los cuales dieron el ejemplo de intentar superar sus propios esquemas definitivos— toda definición nos domina, dijo Moltmann— dando paso a la dinámica de la vida.